

[Culturas en Digital] Una revista para descentrad@s



Tralka

Fragmento de "El jardín de las delicias", El Bosco, hacia 1500-1505. Museo del Prado, Madrid.

**Dossier IA, la academia
en la encrucijada**

**Fuera de foco:
Relatos periféricos del cine chileno**

**Sonidos clásicos:
Cantos araucanos de Carlos Isamitt**



Tralka

Universidad de Talca - Chile
Año 3 | Nro.20 | Julio - Agosto 2026
ISSN 2810-6679

Publicación del Instituto de
Estudios Humanísticos
Juan Ignacio Molina
Universidad de Talca

Revista Tralka es un medio plural
de culturas en digital de circulación
bimestral.

Representante legal
Arcadio Cerda Urrutia
Rector Universidad de Talca

Editor General
Eduardo Bravo Pezoa

Diseño
Javier Tiznado Viralta

Escribenos a: tralka@utalca.cl



Revista Tralka, culturas en digital, está
registrada en el directorio de Latindex
con el folio 29681.

En esta edición

p.4-7 >> “Nuestro futuro con la IA no puede prescindir de una brújula ética”,
Entrevista a Miguel López

p.8-11 >> ¿Quién tendrá derecho a aprender mejor? / Carolina Iturra

p.12-15 >> La academia frente a la encrucijada IA / Marco Centeno

p.16-19 >> La máquina científica y el valor humano de crear / Raimundo Hamilton

p.20-21>> La conversación y la marca / Rolando Cisternas

p. 22-25 >> Videojuegos y sistemas de clasificación: la tarea pendiente
de la generación digital / Felipe Besoain

p.26-31>> “Romantizar el pasado me parece algo absurdo”/ Eduardo Bravo

p.32-35 >> “30 cantos araucanos” recopilados por Carlos Isamitt (2024)
/ Cristián Díaz

p.36-37 >> Jardín Giratorio: Sonidos en círculos / Juan San Cristóbal

p.38-39 >> Un relato periférico para el cine chileno / Marco Díaz

Agenda Agosto 2026

21

Viernes a las 11 horas, se efectuará la presentación del libro “Syntaxis, Semantics, and Pragmatics in the Human Mind. Mental Models versus mental Logic” de Miguel López Astorga, doctor en Lógica y Filosofía de Ciencia, profesor titular del Instituto de Estudios Humanísticos Juan Ignacio Molina de la Universidad de Talca. Prologa el doctor en Literatura de esta unidad, Iván Perez Daniel. Lugar: auditorio Instituto de Estudios Humanísticos. Abierto a todo público.



27

Jueves a las 13 horas en el restorán Quinta La Chancha, de calle Dos Oriente 1339, Talca se llevará a efecto la presentación del menú del Abate Molina, culminación del proyecto Residencia para creadores, “Los sabores del Abate Molina” del chef Rubén Tapia y el investigador Mauricio Lorca. La instancia es organizada por la Dirección de Creación de la Vicerrectoría Académica de la Universidad de Talca. El proyecto pone en relieve la figura simbólica del Abate Juan Ignacio Molina y el patrimonio alimentario del Maule.

Podcast RADIOUTALCA Revista Tralka y las HACS

Cristian Díaz O’Ryan, programador de la Radio Utalca entrevistó a Victor Brangier Peñailillo, director del Instituto de Estudios Humanísticos Juan Ignacio Molina y al editor general de Revista Tralka, Eduardo Bravo Pezoa. Escucha acá el contenido íntegro de la conversación.

Entre el tecno-optimismo y el pánico apocalíptico

La gobernanza IA que se discute al interior de la academia sostiene en su base que la responsabilidad humana es intransable: “un algoritmo no puede ser autor de conocimiento”

La irrupción de la inteligencia artificial (IA) propone un cambio de época que obliga a la academia a redefinir sus cimientos. El dossier IA de revista Tralka explora las diversas perspectivas de expertos que, desde la Universidad de Talca y la comunidad, analizan cómo la educación y la creación humana deben evolucionar ante esta “máquina científica” para no perder su esencia. Carolina Iturra, decana de la Facultad de Psicología, plantea que el debate no debe centrarse solo en los riesgos o el acceso técnico, sino en quién tendrá derecho a aprender mejor. Su idea central es que la diferencia en el aprovechamiento de la IA no radica en la herramienta, sino en las competencias cognitivas del usuario: su capacidad para formular preguntas complejas (prompts), su pensamiento crítico y su bagaje educativo previo. Para Iturra, la IA hace visibles las brechas educativas preexistentes, en tanto el desafío universitario es formar personas con autonomía intelectual. Desde la gestión tecnológica, Marco Centeno Dubén, describe la situación como un “espejismo algorítmico”, instando a situarse en una reflexión madura entre el tecno-optimismo y el pánico apocalíptico. Su artículo destaca que la academia está respondiendo mediante un benchmarking internacional para establecer una gobernanza basada en riesgos y transparencia. La idea central es que la responsabilidad humana es intransable: un algoritmo no puede ser autor de conocimiento. El experto en lógica y filosofía del conocimiento, Miguel López Astorga, sostiene en la entrevista para este dossier que el futuro de la IA requiere de una “brújula ética”. Su visión subraya

que la IA debe subordinarse a los valores humanos esenciales y que las humanidades, especialmente la lógica y la ética, son las disciplinas que podrían evitar la obsolescencia humana. López Astorga señala que las universidades están reaccionando como pueden frente al avance vertiginoso de la inteligencia artificial, integrando la reflexión ética en la práctica diaria para evitar sesgos y usos indebidos. El valor de lo irremplazable es abordado por Rolando Cisternas, quien desde las artes visuales analiza la conversación con la IA como un “espejo negativo”. Su idea central es que el conocimiento genuino surge de la fricción con la materia y la experiencia del cuerpo, algo que la IA, al carecer de presencia física, no puede replicar. Por su parte el director de la Dirección de Tecnologías Educativas de la Utalca, Raimundo Hamilton Cruchaga, advierte que un buen texto generado por IA es hoy un commodity. Argumenta frente a la automatización que el activo humano más valioso es la creatividad propia y la capacidad de imaginar por qué algo merece existir, más allá de la eficiencia estadística de la máquina. Finalmente, el doctor Felipe Besoain Pino, investigador del Departamento de Visualización Interactiva y Realidad Virtual de la Facultad de Ingeniería Utalca, vincula esta transformación con la experiencia de la “generación digital”. Su artículo propone que quienes vivieron la transición tecnológica tienen la responsabilidad de ser traductores y guías para las nuevas generaciones. La clave no es la prohibición, sino el acompañamiento informado y el “jugar juntos” para comprender los nuevos ecosistemas digitales.

¿Cómo se está preparando la academia?

De acuerdo con los autores, la academia se está preparando a través de tres ejes fundamentales:

1 La redefinición de la evaluación: Se está transitando de evaluar el producto final (un ensayo o código que la IA puede generar en segundos) hacia la evaluación del proceso, valorando la capacidad crítica de los estudiantes para iterar, verificar y cuestionar los resultados del sistema.

2 Gobernanza y Ética: Las instituciones están estableciendo marcos regulatorios que exigen la declaración transparente del uso de IA, asegurando que la responsabilidad final recaiga siempre en el ser humano y protegiendo la privacidad de los datos institucionales.

3 Fomento de la autonomía intelectual: Se busca enseñar a los estudiantes no solo a usar herramientas, sino a pensar con ellas sin dejar de pensar por sí mismos. Esto implica fortalecer el pensamiento crítico y las habilidades de lenguaje para que la IA sea un apoyo pedagógico y no un reemplazo del juicio humano.



Miguel López Astorga:

“Nuestro futuro con la IA no puede prescindir de una brújula ética”

“La clave en el uso de la Inteligencia Artificial está en la gestión y en la revisión ética constante.

Un desarrollo tecnológico bien gestionado y guiado por criterios éticos claros y pertinentes no tiene por qué ser un peligro”, explica el doctor en Lógica y Filosofía de la ciencia del Instituto Abate Molina, Utaica.



Eduardo Bravo Pezoa
Editor Tralka

¿Cómo se cruza el cambio de paradigma de la IA con su línea de investigación sobre modelos mentales?

“La IA es crucial en el desarrollo de mi trabajo actualmente. Por una parte, el proyecto Fondecyt Regular del que soy investigador responsable y que se está ejecutando en estos momentos (N° 1240010) apunta a la lógica antigua. Dicha lógica puede ser vista como los cimientos de la programación, la computación y la IA. En la antigüedad, ya se construía en este sentido, aunque los filósofos que se ocupaban de la temática no fueran conscientes de ello. Por otra parte, en el presente, me encuentro también trabajando en NAL (Non-Axiomatic Logic). La importancia de esta lógica, desarrollada principalmente por Pei Wang, es que es la base de NARS (Non-Axiomatic Reasoning System). Este último es un sistema computacional que trata de simular cómo pensamos los seres humanos. No es un LLM, sino, como digo, un sistema que intenta llegar a las mismas conclusiones que nosotros”.

La IA nos pone en la cornisa, nos obliga a repensar completamente la manera de hacer ciencia, ¿qué opina de esta afirmación? ¿Estamos frente a un cambio civilizatorio?

“Siempre es difícil predecir el futuro. Diversos filósofos han tratado de hacerlo y no siempre con mucho éxito. A pesar de ello, es evidente que cualquier innovación tecnológica puede conducir a consecuencias. Quiero recalcar que lo que estoy diciendo y voy a decir el resto de la entrevista es exclusivamente mi opinión. No representa necesariamente la opinión del Instituto de Estudios Humanísticos ni de la

Universidad de Talca. Mi visión es que la clave en el desarrollo tecnológico está en la gestión y en la revisión ética constante del mismo. Un desarrollo bien gestionado y guiado por criterios éticos claros y pertinentes no tiene por qué ser un peligro. Con respecto a la manera de hacer ciencia, la precaución va en la misma dirección. Quizás debemos aprovechar las oportunidades que nos brinda la IA para facilitar el trabajo, pero cautelando siempre aspectos éticos que son ineludibles”.

“Tenemos el deber urgente de permanecer profundamente humanos”, afirmó el Papa León XIV en “Magnífica humanitas”. Es primera vez en décadas que la Iglesia asume un rol tan protagónico y se pone la vanguardia del discurso intelectual... ¿Cuáles son sus alcances?

“El Papa es una persona con mucha erudición y con una gran formación. Por ello, independientemente de las creencias y de las posturas que tengamos con respecto a las religiones, considero que sus planteamientos no deben ser ignorados. Hasta donde sé, creo que su postura no dista mucho de lo que he respondido en la pregunta anterior. Entiendo que el Papa no está en contra de la IA, pero defiende que se subordine al bien de la humanidad. Por tanto, otra vez la ética surge como elemento fundamental”.

El papa pide perdón por la nueva forma de esclavitud o de explotación que viene con la IA, responsabiliza a los dueños de la IA... ¿qué piensa sobre esta advertencia?

“Un poco me reafirmo en lo dicho con respecto a las preguntas anteriores. Lo que hay que hacer es tratar de subordinar el uso de la IA a nuestros valores fundamentales y esenciales como seres humanos. Sin duda, la IA tiene su vertiente positiva y puede ser de gran ayuda en diferentes ámbitos. No obstante, debemos mantener todas las precauciones y resguardos para evitar usos indebidos que redunden en situaciones negativas, en la generación de dificultades para las personas o en el agravamiento de problemas ya existen-

tes para la humanidad”.

¿Las universidades están reaccionando tarde?

“Creo que, en general, las universidades están reaccionando a la velocidad que es posible. Los cambios que se están produciendo son tan rápidos y vertiginosos que difícilmente se puede reaccionar con mayor celeridad. Colegios internacionales plantean muchas veces las mismas inquietudes: sienten que, antes de que se les ocurra una idea para responder a un nuevo desafío, ya han aparecido nuevos desafíos. Pero esto no es algo que afecte exclusivamente a las universidades. La IA plantea retos a muy diversas instituciones, las cuales parecen estar reaccionando al ritmo que pueden”.

¿Una solución sería educar en la manera de hacer mejores “prompts” que prohibir o limitar la IA en clases?

“Esto puede depender del programa de estudios y del nivel. Parece que la IA va a formar parte de nuestra vida y de nuestra actividad. Por tanto, pensar en mejores prompts relativos a diferentes temáticas, actividades y tareas puede ser, sin duda, relevante. Sin embargo, en determinadas circunstancias, puede ser necesario limitar su uso. Pongamos el ejemplo de la calculadora. Ya hace mucho tiempo que tenemos calculadoras, las cuales nos pueden ayudar bastante en, por ejemplo, ciertos cálculos cotidianos. Si embargo, en el colegio se limita su uso porque se entiende que es aconsejable y oportuno aprender a realizar tales cálculos sin la ayuda de la calculadora. De la misma manera, se puede pensar que, aunque la IA pueda escribir un texto, las personas también necesitan aprender a escribir sin su ayuda”.

¿Falta una visión ética?

“No creo que falte completamente una visión ética, pero, quizás, sí necesitamos mayores niveles de reflexión ética. Los valores fundamentales los conocemos, pero debemos analizar su aplicación real en la práctica. Lamentablemente, este es un problema que no solo afecta a la IA. Diariamente, en las más diversas situaciones sociales,

podemos observar que la interacción entre las personas no es siempre la más deseable. Desde este punto de vista, falta más ética, pero no solo en nuestra relación con la IA, sino también en nuestra relación con otras personas. Escuchamos muchas veces que la IA presenta sesgos éticos que no debería tener. Esto es efectivamente así. No obstante, no podemos olvidar que las personas también presentan, en diversas ocasiones, sesgos éticos que no deberían tener.

Por lo demás, no creo que sea complejo programar a los sistemas de inteligencia artificial para que no proporcionen resultados que permitan acciones contra la ética. Imaginemos que alguien le solicita a un LLM que le escriba un ensayo sobre la naturaleza. El modelo podría negarse o, por lo menos, advertir al usuario que no debe utilizarlo como si fuera de su autoría”.

“...las universidades están reaccionando a la velocidad que es posible. Los cambios que se están produciendo son tan rápidos y vertiginosos que difícilmente se puede reaccionar con mayor celeridad”.

¿Qué rol asumen las humanidades en este desafío? ¿Son ahora, el futuro, en tanto nos pueden ayudar a convivir y adaptarnos a la magnitud del cambio que trae la IA?

“Bueno, estamos hablando continuamente de ética y, como es sabido, la ética ha sido tradicionalmente una de las disciplinas asociadas a la filosofía y, por tanto, a las humanidades. Tenemos teorías éticas desde la antigüedad, tanto en la historia del pensamiento occidental como del oriental. Por

otra parte, disfrutar de la lectura, del arte y de las diversas manifestaciones culturales de los pueblos son actividades que requieren una experiencia personal e individual. Posiblemente, nuestro deseo de realización personal siempre estará ahí. Siempre tendremos diferentes visiones de la realidad que podremos debatir, discutir y, si así lo estimamos, asumir o rechazar”.

¿Qué opina del miedo hacia la IA que surge del mercado del trabajo cuando es posible que no sea necesario trabajar, porque todas las necesidades estarán cubiertas?

“Es algo paradójico. Si nadie va a tener trabajo, nadie va a tener recursos. Por tanto, en esa situación, ¿quién comprará los servicios que cree la IA? Si la mayor parte de los trabajos que conocemos hoy los va a poder realizar una máquina o un software, los potenciales clientes o usuarios de esa máquina o software no van a disponer de poder adquisitivo. Quizás estemos ante una oportunidad única en la historia de hacer nuestra actividad diaria mucho más satisfactoria, pero, sin duda, ello no será posible sin una brújula ética”.

¿Habrá manera de potenciar-reprogramar con ayuda de la neurociencia, nuestros cerebros, para convivir (y no competir) con la Inteligencia Artificial general (avanzada)?

“Después de los avances que hemos visto en los últimos tiempos, difícilmente alguien puede decir que algo no va a ser posible. De todas maneras, es importante distinguir entre la posibilidad de realizar algo técnicamente y la voluntad social o individual de que ello efectivamente se haga realidad en la práctica. Si lo que pregunta llega a ser técnicamente viable, sin duda, deberemos enfrentar intensos debates éticos y filosóficos. Quizás estaría en juego el propio concepto de humanidad”.

En la lógica aristotélica como origen de la IA -si es correcto afirmar algo así- ¿será posible encontrar la clave para evitar la obsolescencia humana?

“Efectivamente, uno puede rastrear planteamientos lógicos de la anti-

güedad, no solo de Aristóteles, en los fundamentos mismos de la programación y en sus lenguajes. Ahora bien, la clave para evitar nuestra obsolescencia difícilmente se va a poder derivar solo de la lógica, sea esta antigua o no. La lógica trata únicamente de lo que es válido, no de lo que es verdadero. Permite realizar inferencias a partir de premisas, pero esas premisas brotan de lo que asumimos previamente. Otras áreas de la filosofía y de las humanidades son las que pueden ayudar a revertir cualquier tendencia a la obsolescencia”.

Miguel López Astorga es profesor titular del Instituto de Estudios Humanísticos Abate Molina de la Universidad de Talca. Es doctor en Lógica y Filosofía de la Ciencia por la Universidad de Cádiz, España. En la actualidad, sus investigaciones se centran en la actividad inferencial humana y, especialmente, en el estudio de las relaciones que pueden observarse entre la sintaxis y la semántica en los procesos de construcción de representaciones mentales y de derivación de conclusiones. Orcid: 0000-0002-6004-0587



Fragmento de “El jardín de las delicias”. El Bosco, hacia 1500-1505. Museo del Prado, Madrid.



¿Quién tendrá derecho a aprender mejor?

Durante los últimos dos años el debate se ha concentrado en los riesgos. Nos preocupa que los estudiantes dejen de pensar, que aparezcan nuevas formas de plagio, que la investigación pierda originalidad o que terminemos delegando decisiones importantes en algoritmos que todavía pueden equivocarse. Todas esas preocupaciones son legítimas, pero, ¿quiénes tendrán realmente la posibilidad de aprovechar esta tecnología?

Hay una escena que se ha vuelto cada vez más frecuente y que, sin embargo, todavía observamos como si fuera una curiosidad. Dos personas se sientan frente al mismo computador, utilizan exactamente la misma herramienta de inteligencia artificial y, al cabo de unos minutos, obtienen resultados completamente distintos. La diferencia no está en la velocidad de internet, ni en el equipo, ni siquiera en la versión de la aplicación que utilizan. La diferencia está en las preguntas.

Mientras una persona escribe una instrucción breve y espera una respuesta inmediata, la otra conversa con la herramienta. Explica el contexto, define el propósito, adjunta documentos, corrige, vuelve a preguntar, compara respuestas y, poco a poco, va construyendo una conversación que la ayuda a pensar mejor el problema que tiene delante. No están usando una inteligencia artificial diferente. Lo que cambia es la persona que está al otro lado de la pantalla.

Cada vez que observo una escena como esa pienso que, probablemente, estamos discutiendo la inteligencia artificial desde el lugar equivocado. Durante los últimos dos años el debate se ha concentrado en los riesgos. Nos preocupa que los estudiantes dejen de pensar, que aparezcan nuevas formas de plagio, que la investigación pier-

da originalidad o que terminemos delegando decisiones importantes en algoritmos que todavía pueden equivocarse. Todas esas preocupaciones son legítimas, pero, ¿quiénes tendrán realmente la posibilidad de aprovechar esta tecnología? No me refiero únicamente al acceso. Esa ha sido, históricamente la primera preocupación cada vez que aparece una innovación tecnológica. Ocurre con los computadores, con internet y con los teléfonos inteligentes. Pensábamos que el problema consistía en garantizar que todas las personas pudieran disponer de ellos. Tener internet nunca aseguró saber buscar información. Del mismo modo, disponer de un computador no garantizaba aprender mejor. Las diferencias seguían apareciendo, pero en otro lugar: en las competencias para utilizar esas herramientas, en el lenguaje, en la capacidad para seleccionar información relevante, en el pensamiento crítico y en las oportunidades educativas que cada persona había tenido a lo largo de su vida. Sospecho que con la inteligencia artificial ocurrirá exactamente lo mismo.

Buenas preguntas

Hoy se habla mucho de aprender a escribir buenos “prompts”. La expresión parece sencilla, casi técnica, como



Carolina Iturra
Decana Facultad de Psicología
Universidad de Talca

si bastara conocer algunos trucos para obtener mejores respuestas. Pero detrás de un buen “prompt” hay algo mucho más complejo. Para hacer una buena pregunta primero hay que comprender el problema. Hay que saber qué información hace falta, qué contexto es relevante, qué documentos conviene incorporar y qué tipo de respuesta se necesita. Después viene otra parte igualmente importante: leer críticamente lo que la inteligencia artificial devuelve, reconocer cuándo una respuesta es insuficiente, identificar errores, volver a preguntar y reformular la conversación. Todo eso requiere mucho más que aprender a utilizar una plataforma. Requiere comprensión lectora, capacidad de análisis, vocabulario, pensamiento crítico, creatividad y conocimientos previos. En otras palabras, requiere educación. Como psicóloga educacional, esa idea

me resulta particularmente significativa. Durante décadas hemos estudiado que aprender no consiste únicamente en incorporar información nueva. Aprender implica construir relaciones, formular preguntas, revisar las propias ideas, dialogar con otros y reorganizar continuamente la manera en que comprendemos la realidad. La inteligencia artificial puede apoyar parte de ese proceso, pero no puede reemplazarlo. Más bien ocurre algo distinto. La inteligencia artificial hace visibles las diferencias en la forma en que aprendemos.

En este sentido, las diferencias además de las tecnologías están en las oportunidades educativas que cada persona ha tenido para desarrollar esas capacidades. Por eso creo que la discusión sobre inteligencia artificial no puede limitarse a decidir si los estudiantes deben o no utilizarla. Esa es una pregunta demasiado pequeña para el cambio que estamos viviendo. La verdadera discusión tiene que ver con la manera en que distribuiremos las oportunidades para aprender en un mundo donde estas herramientas pasarán a formar parte de la vida cotidiana.

Las versiones más avanzadas de estas herramientas ya funcionan bajo modelos de pago. Las diferencias entre unas y otras aumentan rápidamente. Sin embargo, incluso si mañana todas fueran completamente gratuitas, seguiría existiendo una desigualdad mucho más profunda. Porque el verdadero acceso no depende únicamente de abrir una cuenta. Depende de saber qué preguntar, de reconocer cuándo una respuesta es buena y cuándo no, de tener suficientes conocimientos para dialogar con la herramienta en lugar de obedecerla. Y esas capacidades no las desarrolla la inteligencia artificial, las desarrolla la educación. Quizás ahí aparece uno de los grandes desafíos de las universidades durante los próximos años.

No se trata solamente de decidir si permitimos o prohibimos estas herramientas en las aulas. Esa discusión, aunque necesaria, resulta insuficiente. Nuestra responsabilidad consiste en algo mucho más importante: formar

personas capaces de utilizarlas con autonomía intelectual. Eso implica enseñar a preguntar, a argumentar, a verificar información, a reconocer sesgos y a comprender que ninguna respuesta, por convincente que parezca, reemplaza el juicio humano. También implica construir una cultura de transparencia. Si la inteligencia artificial participa en la elaboración de un informe, en un proyecto de investigación o en un proceso de gestión, debiera declararse con naturalidad. No porque utilizarla sea incorrecto, sino porque reconocer su participación fortalece la confianza y permite comprender qué parte del trabajo sigue dependiendo de las personas.

Regular será necesario, pero regular no significa frenar la innovación, significa orientar su desarrollo hacia el bien común. Las universidades públicas, en particular, tienen una responsabilidad histórica en este proceso. Siempre han buscado ampliar oportunidades, democratizar el conocimiento y reducir las desigualdades sociales. Hoy esa misión adquiere una dimensión distinta. Ya no basta con garantizar el acceso a la educación superior. También debemos asegurar que las nuevas herramientas para aprender no se transformen en un privilegio reservado para quienes poseen mayores recursos o mejores trayectorias educativas.

Quizás por eso la pregunta que más me interesa no es si la inteligencia artificial llegará a pensar como los seres humanos. La pregunta que realmente me inquieta es otra. ¿Cómo logramos que más personas desarrollen las capacidades necesarias para pensar con ella sin dejar de pensar por sí mismas? Sospecho que esa será una de las tareas educativas más importantes de las próximas décadas. Porque la calidad de las respuestas que obtenemos seguirá dependiendo, en gran medida, de la calidad de las preguntas que seamos capaces de formular.

Y esa, afortunadamente, continúa siendo una tarea profundamente humana.

Hoy se habla mucho de aprender a escribir buenos “prompts”. La expresión parece sencilla, casi técnica, como si bastara conocer algunos trucos para obtener mejores respuestas. Pero detrás de un buen “prompt” hay algo mucho más complejo. Para hacer una buena pregunta primero hay que comprender el problema.



El espejismo algorítmico:

La academia frente a la encrucijada IA

El discurso público oscila entre un tecno-optimismo desmesurado que promete solucionar todas nuestras ineficiencias y un pánico apocalíptico que augura el fin del pensamiento crítico. Sin embargo, quienes habitamos y construimos desde lo administrativo hasta la academia tenemos el deber ineludible de situarnos en un espacio de reflexión madura.



Marco Centeno Dubén
Jefe Unidad de Recursos Digitales Docentes
Dirección de Tecnologías Educativas
Universidad de Talca

Atravesamos un escenario de transformación radical que no admite neutralidad. La llegada de la Inteligencia Artificial (IA) generativa a nuestras aulas, laboratorios y oficinas ha sacudido las bases tradicionales de la educación superior.

A menudo, el discurso público oscila entre un tecno-optimismo desmesurado que promete solucionar todas nuestras ineficiencias y un pánico apocalíptico que augura el fin del pensamiento crítico. Sin embargo, quienes habitamos y construimos desde lo administrativo hasta la academia tenemos el deber ineludible de situarnos en un espacio de reflexión madura. Las herramientas de IA que hoy inundan nuestras pantallas no son una

bola de cristal ni soluciones definitivas; conviene mirirlas más bien como “prototipos” en constante desarrollo. Gestionar nuestras expectativas frente a ellas es el primer paso para no subordinar nuestro juicio crítico a una interfaz de chat.

Desde la Comisión de Inteligencia Artificial, nos dimos a la tarea de levantar un exhaustivo informe de benchmarking para entender cómo las principales instituciones de educación superior a nivel global están haciendo frente a este fenómeno tecnológico. Al observar ese mapa internacional, el contraste de estrategias es profundo y revelador. Por un lado, vemos un enfoque europeo muy centrado en las reglas y la ética, enfocado en una gobernanza ba-



sada en riesgos, que prioriza la transparencia y la supervisión humana. Por otro, la matriz norteamericana aborda el problema desde una óptica más individualista y sancionadora, centrando sus normativas casi exclusivamente en salvaguardar la integridad académica y en redefinir qué constituye plagio en la era de los algoritmos.

Frente a estos polos, la gran interrogante es: ¿cuál debe ser la postura de una universidad latinoamericana? El propio informe que elaboramos nos advierte que importar sin cuestionar modelos foráneos es un profundo error estratégico típico de la innovación. La perspectiva de nuestra región nos exige una adopción que no solo regule el uso de la IA, sino que se haga cargo de nuestras urgencias históricas: la inclusión social, la reducción de las brechas digitales y la soberanía tecnológica. No podemos resignarnos a ser meros consumidores pasivos de plataformas comerciales que operan como “cajas negras”. El rol crítico de la academia frente a este cambio de época debería impulsar una infraestructura digital inclusiva y garantizar que los derechos humanos guíen la implementación de estas herramientas.

No a la prohibición

El hallazgo quizás más contundente de nuestra investigación es que las instituciones académicas más maduras no buscan prohibir la IA. Han comprendido que levantar muros frente al avance tecnológico es tan inútil como intentar frenar el viento con las manos. El paradigma, en cambio, muta hacia una regulación basada en la declaración transparente de uso y en la afirmación de un principio intransable: la responsabilidad humana. Un algoritmo no tiene ética, no asume consecuencias y por consiguiente, jamás puede ser autor de conocimiento. Quien firma un reporte, quien toma una decisión académica o administrativa y quien responde por sus resultados es, y será siempre, una persona. Esta constatación nos obliga a repensar la docencia y la evaluación desde sus cimientos. Carece de sentido seguir

evaluando a nuestros estudiantes basándonos únicamente en la entrega de un producto finalizado, cuando una máquina puede generar un ensayo o procesar datos en cuestión de segundos. La academia está forzada a dar un salto cualitativo hacia la evaluación del proceso. Debemos comenzar a fomentar el pensamiento crítico, incorporando diversas estrategias en nuestra docencia. Una de estas acciones, por ejemplo, es valorar la capacidad crítica del estudiantado para formular instrucciones complejas, así como su habilidad para cuestionar los errores que el sistema presenta actualmente. Tenemos que preparar a las nuevas generaciones sabiendo que estos prototipos de herramientas de IA dejarán de serlo en algún momento, volviéndose sistemas cada vez más precisos y con menos errores y alucinaciones. Aun así, verificar la veracidad de la información seguirá siendo una obligación humana indelegable.

A la par, como institución que genera conocimiento público, debemos establecer fronteras infranqueables respecto a nuestros datos. El informe advierte claramente que existe una diferencia abismal entre usar un chatbot público gratuito y emplear herramientas institucionales seguras. Las universidades de vanguardia prohíben de forma estricta ingresar datos de investigación no publicados o información personal a plataformas de IA no validadas. Cuidar nuestro patrimonio intelectual y la privacidad de nuestra comunidad es un imperativo ético que no podemos transar por un poco de eficiencia temporal.

En definitiva, la irrupción de la Inteligencia Artificial actúa como un espejo. Nos obliga a preguntarnos qué es lo verdaderamente irremplazable en el acto de investigar y de formar profesionales. Nuestro rol no es competir con la capacidad de procesamiento de un servidor corporativo, sino cultivar incansablemente aquello que los algoritmos no pueden replicar: la empatía, el discernimiento ético, la pertinencia territorial y la responsabilidad por nuestro entorno. La Inteligencia Artificial será un aporte real para

la educación superior solo si somos nosotros, desde una academia crítica y situada, quienes trazamos el horizonte y sostenemos el timón.

Carece de sentido seguir evaluando a nuestros estudiantes basándonos únicamente en la entrega de un producto finalizado, cuando una máquina puede generar un ensayo o procesar datos en cuestión de segundos.





La máquina científica y el valor humano de crear

¿Qué ocurre cuando una IA escribe sobre el Maule, sobre los oficios locales, sobre pueblos originarios, sobre arte latinoamericano o sobre educación pública? Muchas veces lo hace con una seguridad impecable. Pero esa seguridad suele estar construida sobre aproximaciones estadísticas, asociaciones heredadas y lugares comunes.



Raimundo Hamilton
Director de Tecnologías Educativas Uta

La inteligencia artificial llegó para quedarse. Esa discusión ya pasó. Podemos resistirla, celebrarla, regularla, integrarla o mirarla con sospecha, pero no podemos fingir que es una moda pasajera. Su utilidad es evidente: escribe, resume, traduce, clasifica, compara, programa, ordena y propone en segundos aquello que antes nos tomaba horas de trabajo. Aparece entonces, otra pregunta bastante más incómoda: ¿qué parte de lo humano queremos preservar cuando la usemos? Porque el problema no está solo en la herramienta, está en la fascinación que produce. La IA nos devuelve textos correctos, imágenes seductoras, respuestas instantáneas con una fluidez puede ser engañosa. Algo bien escrito no es necesariamente algo bien pensado. Algo visualmente impactante no es necesariamente algo culturalmente significativo. Algo rápido no es necesariamente algo valioso. Ya no. Kate Crawford, en su libro *Atlas de la IA*, nos recuerda que la IA depende de infraestructuras, enormes cantidades de datos, trabajo humano, decisiones corporativas y consumo energético. No es una inteligencia pura: es una tecnología entrenada sobre fragmentos del mundo.

Y si esos fragmentos están desigualmente representados, también lo estarán sus respuestas (Crawford, 2021). Esto importa especialmente desde territorios como el nuestro. ¿Qué ocurre cuando una IA escribe sobre el Maule, sobre los oficios locales, sobre pueblos originarios, sobre arte latinoamericano o sobre educación pública? Muchas veces lo hace con una seguridad impecable. Pero esa seguridad suele estar construida sobre aproximaciones estadísticas, asociaciones heredadas y lugares comunes. El riesgo no es solo que se equivoque o alucine; el mayor riesgo es que produzca una versión culturalmente empobrecida del mundo, pero formulada con tanta elegancia que parezca verdadera.

Los sesgos

Los sesgos culturales en la IA no son simples errores técnicos. Pueden convertirse en una forma silenciosa de homogeneización. Si millones de personas, en distintos países, consultan sistemas entrenados sobre bases de datos similares, con lenguajes dominantes similares y referencias culturales similares, las respuestas tenderán a parecerse. Poco a poco, lo local puede volverse decorativo. Lo minoritario, exótico. Y lo no digitalizado, inexistente, perdido. Bender y sus coautoras hablaron de los “loros estocásticos” para describir sistemas capaces de recombinar lenguaje con gran verosimilitud, sin comprender necesariamente el mundo del que hablan (Bender et al., 2021). La expresión es dura, pero útil. No significa que la IA sea inútil. Al contrario: su utilidad es precisamente lo que la vuelve tan poderosa. Pero conviene recordar algo simple: la IA no ha caminado por una ciudad, no ha sentido vergüenza ni amor, no ha visto envejecer a sus

padres, no ha escuchado a un estudiante decir, por primera vez, que entendió. Produce lenguaje, pero no habita el acontecimiento. Byung-Chul Han ofrece una clave especialmente lúcida para pensar este punto. En el régimen digital, muchas experiencias se vacían de presencia, de temporalidad y de espesor (No-cosas: quiebras del mundo de hoy, 2021). Algo parecido ocurre con muchos textos e imágenes generados por IA: aparecen como productos instantáneos, seductores y técnicamente impecables, pero no siempre están inscritos en una historia, en un cuerpo, en un territorio o en una experiencia concreta. Son imágenes sin mundo; textos sin experiencia. Y aquí hay que decirlo con claridad: un buen texto hecho por IA es hoy un commodity. No porque no sirva. Sirve muchísimo. Pero su disponibilidad masiva lo vuelve cada vez menos distintivo. Hoy cualquier persona puede pedir una columna correcta, una introducción elegante, un resumen claro o un email que no queremos escribir. Y mañana lo hará mejor. Lo que antes podía ser una señal de competencia, empieza a convertirse en el piso mínimo. Lo valioso ya no será simplemente escribir bien, sino tener algo propio que decir. Algo creativo.

Abrir caminos

Crear es abrir un camino que antes no estaba disponible. Es modificar una pregunta, desobedecer una solución obvia, reorganizar la experiencia (Boden, 1991). El acto creativo nace de una disposición de atención: escuchar, seleccionar, esperar, equivocarse, volver (Rubin & Strauss, 2023). Crear no es solo ejecutar. Crear es sostener una relación intensa con aquello

que todavía no tiene forma. Por eso la creatividad sigue siendo profundamente humana. No porque las máquinas no puedan producir novedades formales. Pueden hacerlo, y de manera extraordinaria. Sino porque la creatividad humana no se reduce al resultado. Incluye intención, deseo, contexto, memoria, cuerpo, duda, fracaso y necesidad.

Neil deGrasse Tyson ha propuesto una distinción muy sugerente entre ciencia y arte. En la ciencia, si alguien no descubre una verdad sobre el universo, eventualmente otra persona podría hacerlo. En el arte, en cambio, si Beethoven no hubiese existido, nada equivalente a su 9a Sinfonía habría sido escrito por otra persona. La ciencia descubre condiciones preexistentes de la naturaleza; el arte expresa, de manera irrepetible, la singularidad de una mirada.

Esa diferencia es importante para pensar la IA. Quizás la inteligencia artificial sea, en muchos sentidos, una máquina científica formidable: sistematiza, compara, calcula, predice, combina, optimiza. Pero la creatividad humana opera en otro registro. No solo busca respuestas, sino que a veces cambia la pregunta. Insiste donde no hay eficiencia y a veces produce algo que no era necesario, pero que después de existir se vuelve indispensable.

En educación, esto es decisivo. Si evaluamos solo resultados finales, la IA puede simular competencia. Puede entregar un ensayo correcto, una imagen impactante, una respuesta ordenada. Pero si evaluamos el proceso, la toma de decisiones, la mirada crítica, la relación con el contexto y la capacidad de formular una posición propia, entonces la IA deja de ser una amenaza directa y se convierte en una herramienta pedagógica.

Tal vez esa sea una de las tareas centrales de la academia hoy: no enseñar a competir contra la máquina, sino enseñar a no desaparecer dentro de ella. Es una herramienta extraordinaria, pero no como reemplazo del pensamiento. Lev Manovich ha señalado que estamos ante una reorganización de la creatividad, en la que creación humana y creación asistida ya no pueden pensarse como mundos separados. Pero justamente por eso necesitamos defender el lugar de la pregunta, de la intención y de la mirada. Hace unos días escribí una frase en una ventana que gatilla este texto: “La IA es la máquina científica definitiva. La creatividad es el activo humano más

valioso”. La mantengo ahí, recortando el paisaje exterior, recordándome de no olvidar ese valor humano, de no volverme inhumano o estéril con la IA. De no ser un commodity.

La IA puede ayudarnos a producir más, pero no debería convencernos de dejar de crear. En un mundo saturado de respuestas automáticas, la diferencia estará en quienes todavía sean capaces de imaginar por qué algo merece existir.

“Poco a poco, lo local puede volverse decorativo. Lo minoritario, exótico. Y lo no digitalizado, inexistente, perdido”.



La conversación y la marca

Desde los primeros días de la IA pública ensayé una conversación que fue llenando mis noches. No buscaba que la herramienta pensara por mí, porque mis pensamientos ya estaban. Buscaba el tejido.



Rolando Cisternas
Artista visual

Hace mucho tiempo me impuse una premisa: dibujar sin modelo. Puse toda mi confianza en la capacidad de mi mano y de mi memoria para encontrar las imágenes y la forma en que se harían visibles. Establecí un método: hacer aparecer la imagen a partir de la trama, la línea o la mancha, desde el carboncillo o la tinta china.

Lo que ese método fue revelando es que la imagen no estaba en la memoria esperando ser recuperada. Ocurre en el hacer: cierta acumulación de tinta que uno va dejando, ciertas líneas que producen sombras, y en esas sombras empiezan a aparecer materialidades, sensaciones corporales.

La mano entonces insiste, no para confirmar una imagen previa sino para encontrar algo que todavía no sabe que busca. A pesar de ser representaciones bidimensionales, siempre está en juego la tridimensionalidad de las cosas. Ese proceso nunca es planificado. Hace años dibujaba una colección de fetos del Departamento de Anatomía de la Universidad de Chile. Estas representaciones no pretendían ser fieles al modelo, buscaban rescatar cierta esencia que yo veía en ellos.

Eran dibujos abstractos, pequeños, y en algunos de ellos sucedía algo preciso: un solo movimiento del pincel cerraba toda la representación. No lo decidía. Ocurría. Y cuando ocurría, sabía que el dibujo había encontrado lo que buscaba antes de que yo pudiera nombrarlo.

Henri Focillon describe esto en El elogio de la mano: la mano no es un instrumento de ejecución sino un órgano de conocimiento. Interroga la materia. Y la materia responde con una lógica que no es la de la mente que planifica sino la del cuerpo que tantea, que ajusta, que aprende en el error. Maurice Merleau-Ponty lo profundiza: “Es prestando su cuerpo al mundo que el pintor cambia el mundo en pintura”, escribe en El ojo y el espíritu, el cuerpo no como pedazo de espacio sino como entrelazado de visión y movimiento. El dibujo no registra lo que ya sé. Produce lo que no sabía que sabía. Desde los primeros días de la IA pública ensayé una conversación que fue llenando mis noches. No buscaba que la herramienta pensara por mí, porque mis pensamientos ya estaban. Buscaba el tejido. Un interlocutor que pudiera ayudarme a encontrar en los textos la misma fibra que yo ya reconocía en el hacer. Fue así como los pensamientos que circulaban sin forma en el estudio fueron encontrando a los autores que los habían pensado antes — desde el cuerpo, desde el tiempo, desde el espacio. La pregunta que ese proceso instaló fue incómoda: ¿qué pasa cuando el interlocutor no tiene cuerpo?

Sin dudas

La inteligencia artificial no duda. No se detiene porque algo le resulta físicamente extraño. Cuando cruza a Karen Barad con Tim Ingold lo hace desde coherencia semántica, no desde la experiencia de haber sostenido un material que se comporta de manera inesperada, que absorbe distinto de lo que anticipabas, que te obliga a cambiar no solo la técnica sino la pregunta. La IA produce conexiones. No produce fricción. Y sin fricción, en el sentido que Focillon le daría, no hay conocimiento, hay información. Pero esa ausencia fue más reveladora que cualquier respuesta correcta. Al conversar con algo que no tiene

cuerpo pude ver con mayor claridad qué es lo que el cuerpo hace cuando dibuja. La IA funcionó como espejo negativo: su eficiencia sin resistencia hizo visible la resistencia como método. No como obstáculo a superar, como condición de un tipo de saber que no ocurre de otra manera. La velocidad de la herramienta iluminó por contraste la lentitud irremplazable del proceso encarnado. Su coherencia sin error iluminó el valor epistemológico del error, del ajuste, de la imagen que aparece donde no la esperabas.

La conversación con la IA tiene un valor real: permite ordenar, cruzar, nombrar. Es un interlocutor disponible para la reflexión sobre la práctica, para la investigación que rodea al hacer. Pero ese aporte ocurre en otro registro, el del pensamiento que nombra, no el del cuerpo que produce.

El carbón, la tinta china, el agua, el pincel, estos no son medios. Son agentes. Escuché de María Quiñelén que el agua tiene voluntad, que la piedra tiene voluntad. Cuando dibujo pienso en eso: la materia tiene su manera de ser en el mundo, y yo mismo soy otra materia en esa interacción. El conocimiento que mi práctica genera no ocurre en mí, ocurre entre nosotros.

Esto no es una defensa del arte ni una declaración de su territorio. Es una observación más específica: hay modos de conocimiento que ocurren en la experiencia del cuerpo, en la correspondencia con materiales que tienen su propia voluntad, en el tiempo irreversible del gesto, y que producen algo cualitativamente distinto a la información. La IA es útil, y esa utilidad es indiscutible. Pero la utilidad no agota el conocimiento. Lo que ocurre entre mi mano y el carboncillo no es un déficit tecnológico a superar. Es otra cosa. Y reconocer que es otra cosa es la única manera de no perderla.



Imagen a partir de la pintura de 1818 de Caspar David Friedrich, “El caminante sobre el mar de nubes”. La visión romántica del paisaje enfrentada a cómo la inteligencia artificial redefine hoy la visión del observador. Imagen generada con Gemini.

Videojuegos y sistemas de clasificación: la tarea pendiente de la generación digital

Crecimos entre máquinas de escribir y consolas de 8 bits; hoy criamos hijas e hijos que nacieron con una pantalla táctil en la mano. Ninguna generación está mejor preparada para acompañarlos en el juego digital. La pregunta es: ¿estamos dispuestos a hacerlo?”



Dr. Felipe Besoain
Visualización Interactiva y Realidad
Virtual - Facultad de Ingeniería
Universidad de Talca

Quienes nacimos en Chile en los años ochenta y noventa, los llamados millenials o Generación Y, somos hoy madres y padres. Y, sin habérnoslo propuesto, somos también una de las generaciones más ricas en experiencia tecnológica que ha existido: no porque hayamos acumulado aparatos, sino porque nos tocó vivir, en carne propia y en tiempo real, cada uno de los saltos tecnológicos de la llamada transformación digital. Aprendimos a escribir en máquinas de escribir a cinta, algunas ya semiautomáticas; conocimos los primeros computadores y redactamos documentos en WordStar y WordPerfect, con sus pantallas negras monocromáticas y sus comandos crípticos. Guardábamos nuestros trabajos en diskettes de 5¼ de baja densidad, flexibles y frágiles, y luego en los de 3½ de alta densidad, esos de carcasa dura que con suerte almacenaban 1,44 megabytes: menos que una sola fotografía de las que hoy tomamos con nuestro celular. Vimos aparecer Windows 3.11, luego el 95, el 2000, el XP; algunos nos aventuramos en Linux y otros sistemas operativos. Nos

llegó el teléfono celular, después internet, después el celular con internet, y ahora la inteligencia artificial generativa. Cada una de esas transiciones nos obligó a desaprender y volver a aprender. Somos, por excelencia, la generación de la transformación digital y de su impacto. Ese mismo recorrido lo hicimos con los videojuegos. Pasamos del Pong (1972) y sus dos barras blancas al Atari 2600 (1977), del Nintendo de cartuchos que había que soplar (1985) a la primera PlayStation (1994) con sus CDs, y de ahí a los mundos abiertos, los juegos en línea, los dispositivos móviles y la realidad virtual. No leímos sobre esa evolución en un libro: la jugamos. Conocemos la emoción de pasar de nivel, la frustración del game over sin partida guardada y la sociabilidad de juntarse en la casa del amigo que tenía la consola. Y descubrimos también, siendo niños, que un videojuego podía emocionarnos como un libro o una película: sagas como Final Fantasy y Zelda nos hicieron llorar con sus historias y todavía somos capaces de tararear sus melodías de memoria. Ahí entendimos, antes de tener palabras para explicarlo, que el videojuego era también una forma de narrativa y de arte.

La pregunta incómoda

Sin embargo, con toda esa trayectoria a cuestas, vale la pena hacerse una pregunta incómoda: ¿somos capaces de comprender qué juegan hoy nuestros hijos e hijas, y cómo lo hacen? Porque el videojuego que nosotros conocimos (una caja, un cartucho, una pantalla compartida en el living) poco tiene que ver con el ecosistema actual de títulos gratuitos

que se descargan en segundos, mundos persistentes en línea, chats con desconocidos, juegos gacha, compras dentro del juego y comunidades globales que nunca duermen, en donde la moneda de cambio es el tiempo. La nostalgia no basta como brújula.

Los datos ayudan a dimensionar el fenómeno. El reporte anual de la Entertainment Software Association, la asociación que agrupa a la industria del videojuego en Estados Unidos, muestra que más de 212 millones de personas juegan videojuegos cada semana en ese país, es decir, dos de cada tres habitantes, y que la edad promedio de quien juega ronda los 37 años. Es decir: el jugador típico no es un adolescente, somos nosotros. El mismo estudio indica que el 75% de los padres y madres juega videojuegos cada semana y que, de estos, el 81% juega con sus hijos. El videojuego dejó de ser una actividad puntual o solitaria: es hoy una de las principales formas de entretenimiento familiar, comparable al cine o al deporte, y una instancia real de conexión entre generaciones.

Clasificar no es censurar

Aquí aparece la segunda parte del asunto, menos conocida pero igual de importante: los sistemas de clasificación de contenidos. Así como las películas tienen categorías por edad, los videojuegos cuentan con sistemas internacionales que informan, en la caja o en la tienda digital, para qué edades es apropiado un título y qué tipo de contenido incluye. El más difundido en América es el ESRB, que clasifica los juegos en categorías como E (para todos), E10+ (mayores de

diez años), T (adolescentes), M (mayores de diecisiete) y AO (solo adultos), entre otros, acompañadas de descriptores que detallan si el juego contiene violencia, lenguaje inapropiado, compras integradas o interacción en línea con otros usuarios. En Europa existe el sistema PEGI, con lógica similar y etiquetas por edad (3, 7, 12, 16 y 18 años) e íconos que advierten el tipo de contenido. Un dato ilustrativo: de los miles de juegos clasificados el año pasado por el ESRB, nueve de cada diez recibieron categorías aptas para niños o adolescentes. La oferta apropiada existe y es enorme; el desafío es saber distinguirla (vale la pena revisar: <https://www.esrb.org/>).

Estos sistemas no son censura ni un trámite burocrático: son información de diseño puesta al servicio de las familias. Funcionan exactamente igual que la tabla nutricional de un alimento. Nadie diría que leer los ingredientes de lo que comen nuestros hijos es exagerado; leer la etiqueta de lo que juegan debería parecernos igual de natural. El problema es que muchos adultos no saben que estas clasificaciones existen o las conocen, pero no las consultan y terminan evaluando un juego por su portada o por lo que dice un compañero de curso u colega.

Jugar juntos

De todo lo anterior se desprende una idea fuerza simple: la mejor herramienta de acompañamiento no es la prohibición ni el desentendimiento, sino jugar juntos. Sentarse al lado, tomar el control, perder algunas partidas de verdad, porque nos van a ganar, y preguntar por qué ese juego les gusta, quiénes son sus personajes, con quién juegan en línea. Conocer los juegos que habitan nuestros hijos es conocer una parte creciente de su mundo social y afectivo. Y hacerlo con conciencia implica tres gestos concretos: 1) informarse sobre los títulos antes de comprarlos o autorizarlos, 2) revisar y entender los sistemas de clasificación, y 3) configurar en conjunto los controles parentales y las opciones de juego en línea, conversando sobre por qué se activan y no imponiéndolos en silencio. En esto también hay avances, según el mismo reporte, 2 de cada 3 padres ya usan controles parentales, cifra que sube al 70% entre quienes tienen hijos de doce años o menos.



Nuestra generación tiene una ventaja que ninguna otra tuvo: entendemos el juego digital porque lo vivimos desde su origen, y entendemos a la vez la vida antes de las pantallas. Esa doble ciudadanía nos vuelve traductores naturales entre dos mundos. Sería un desperdicio no ejercerla. La transformación digital que nos tocó protagonizar no termina en la oficina ni en el aula: continúa, cada tarde, en el sillón de la casa, con un control en la mano y un niño al lado esperando que juguemos con él. Esa partida sí que no deberíamos perderla.

“La mejor herramienta de acompañamiento no es la prohibición ni el desentendimiento, sino jugar juntos”.



Manuel “Capitán Cianuro”:

“Romantizar el pasado me parece algo absurdo”

“El arte siempre ha sido una forma de resistencia frente a lo establecido. Quien alegue lo contrario es porque nunca ha vivido realmente el arte, ni comprende cómo este se gesta”. Manuel Martínez explica el nacimiento de su libro de memorias “Euphoria, los años dorados de la música electrónica en Chile”, presentado en Casa Alameda de Talca.



Eduardo Bravo Pezoa
Editor Tralka

Fue en 1990 cuando nace el colectivo Euphoria como el germen que más tarde incubaría la escena electrónica chilena que ganó fama organizando fiestas emblemáticas y multitudinarias como Open Rave, Rave Sudamericana, Audiomorphosis y Loveparade. Chile de los noventa era un país vigilado, en transición. Capitán Manuel Cianuro y DJ Zikuta estuvieron en Talca para recordar esa época “dorada” y presentar un libro que cuenta en primera persona estas historias alegres y también tristes, páginas que descubren no sólo el archivo de un movimiento, también su memoria y su caja de pandora, inspirada por la música y el arte, donde pedir permiso no era una opción. El texto está a cargo de Capitán Cianuro, miembro y cofundador de Euphoria, uno de los protagonistas fundamentales de esta historia.

Es interesante esto de pensar a Casa Alameda en Talca como un “epicentro para la memoria y la cultura de club”. ¿Tu libro “Euphoria los años dorados de la música electrónica en Chile” es un ejercicio de archivo y memoria del colectivo Euphoria? “Absolutamente corresponde a lo que señalas. La idea del libro fue construir una cronología histórica que pudiese reunir los eventos e hitos desarrollados por el colectivo, acompañada de flyers, fotografías y material gráfico de distintas épocas. Entre estos registros destacan las ediciones de Loveparade Chile (2005 y 2006), así como nuestra participación como colectivo en Loveparade Berlín en julio 2006”.

¿Qué opinas del eslogan: “todo tiempo pasado fue mejor”? Me refiero al proceso de desclasificar no sólo los dulces recuerdos, sino también las penas y el dolor... “Siempre he discrepado de esta frase, el tiempo pasado fue, y el que nos toca vivir es, romantizar el pasado me parece algo absurdo, no nos olvidemos que cuando comienza el movimiento electrónico en Chile, del cual formo parte activa, recién salíamos de una dictadura con muchas restricciones y que recomponer la noche no fue del todo fácil, mucho menos cuando las autoridades entrantes también tenían

miedo y hasta el día de hoy le temen a la gente en la calle. Es claro que en la actualidad los factores son otros, pero en aquel momento costó bastante, imaginen que para levantar este movimiento fuimos tildados de locos, no llegaban a las fiestas más de 20 personas y con persistencia claramente se logró que eso se revirtiera, pero costó recursos, sudor y claramente lágrimas. Los aplausos y el reconocimiento vienen después, pero en ese momento se peló la papa y mal. No romantizo el pasado, pero no desconozco el mérito de haber estado, haber creído en un proyecto cultural al que dimos forma y consolidamos en su fondo”.
¿Capitán Cianuro y DJ Zikuta vienen del pasado o del futuro...? “Jaja, vengo de un pasado que construye historia, se hace presente y se proyecta al futuro. Pero la verdad no soy de aquellos que se arrogan nada; lo importante es estar vigente. En mi caso, por medio de las letras; en el caso de Zikuta, seguramente a través de su arte y de seguir logrando hacer bailar a sus públicos. Como el pasado ya fue y es historia y memoria, y el futuro aún no llega —por lo tanto, no existe—, creo que vengo de este presente, con sus buenos y no tan buenos momentos.



Ahora bien, si la pregunta se refiere a si nos adelantamos al tiempo en que estábamos en los 90', la respuesta sería sí. Estuvimos conformando la génesis de una historia que está contada en mi libro, cuando la escena era muy underground. Con los años, esa escena se convierte en overground y termina con el mainstream apropiándose de mucho de lo que este movimiento pudo ser en su dimensión más subterránea. Sin embargo, creo que, a todo movimiento, por muy subterráneo que se reconozca en su origen, le termina ocurriendo algo similar cuando se masifica”.

El libro, además de relatos del yo, es una mirada fotográfica de los hitos fundacionales y de la resistencia de este movimiento subterráneo en su origen...
“Fuimos un ancla para un movimiento que buscaba instalarse donde fuera posible, ya fuera porque se nos brindaba un espacio o porque nosotros mismos lo creábamos, porque muchas veces pedimos perdón, pero nunca permiso. El colectivo de música electrónica Euphoria nació en Chile durante la década de 1990, convirtiéndose en uno de los principales impulsores de lo que más tarde sería reconocida como la escena electrónica chilena. Estuvimos detrás de la organización de fiestas y encuentros como Open Rave, Las Perreras (en Perrera Arte), el Carnaval de la Patagonia, la Rave Sudamericana y Audiomorphosis, tanto como programa de radio como en las fiestas realizadas en la Ex Fábrica. Asimismo, franquiciamos y produjimos para Chile la Love Parade Chile”.

El libro también se sumerge en la prehistoria de la electrónica...
“Si nos adentramos en el libro encontraremos una prehistoria que aborda la obra y el legado de dos figuras fundamentales para la música concreta y la experimentación analógica en Chile durante las décadas de 1960 y 1970: Vicente Asuar y Juan Amenábar. También aparecen otros actores cuyo aporte reconozco como fundamental para comprender el desarrollo de estas corrientes hasta un acontecimiento

decisivo: el 3 de noviembre de 1994, cuando se realizó la Rave del Eclipse en la ruta entre Arica y Putre, coincidiendo con el eclipse solar de ese año. A este encuentro asistieron figuras como Derrick May, Stacey Pullen, Ricardo Villalobos, Dandy Jack, John Acquaviva y una serie de otros DJs internacionales como locales. Reunir hoy a todos esos artistas en un mismo evento sería extremadamente difícil debido a sus agendas y altos costos. En aquel entonces, sin embargo, cada uno llegó motivado principalmente por el espíritu de la experiencia...”.

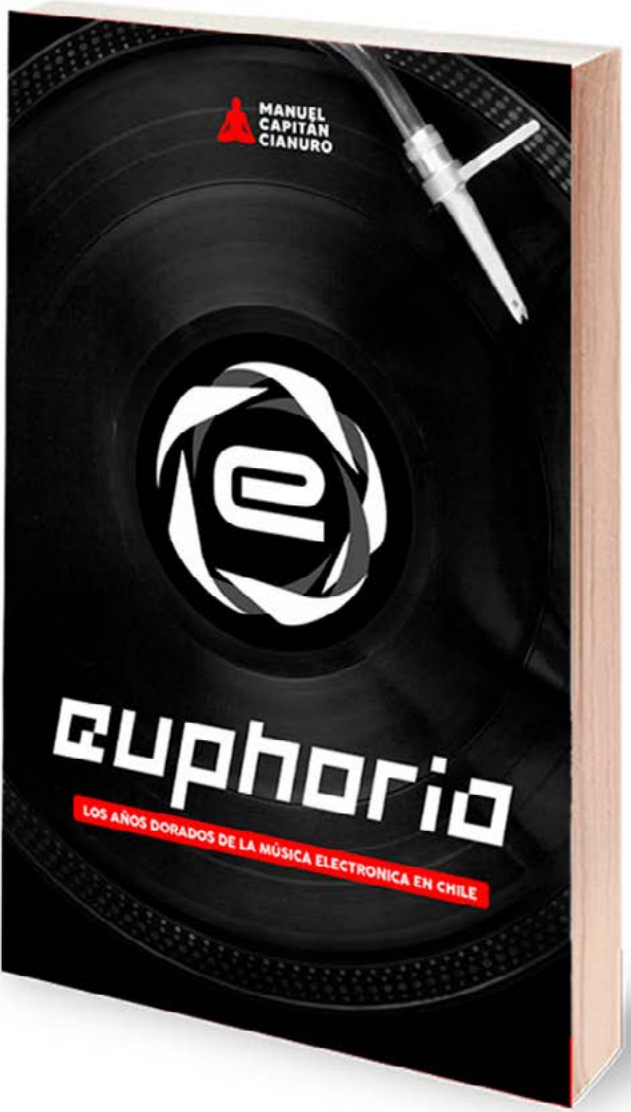
¿Cómo fue este cruce entre el arte disidente y la conquista del espacio público en el contexto de fines de los 90?
“...Si pedíamos permiso la respuesta segura era un no. Por eso decidimos realizar varias fiestas clandestinas e, incluso, intervenir una tarde en pleno Parque Forestal. Así fue como el 10 de diciembre de 1995 se nos ocurrió llevar música para amenizar el lugar. Teníamos equipos, pero no electricidad. Entonces, un miembro del colectivo, encargado de la técnica, dj.Dave, abrió una caja derivada de un poste de alumbrado público y se hizo la luz. El arte siempre ha sido una forma de resistencia frente a lo establecido. Quien alegue lo contrario es porque nunca ha vivido realmente el arte ni comprende cómo este se gesta. Por eso las expresiones artísticas y culturales suelen irritar tanto a los sectores conservadores: porque no logran ver que toda expresión responde a un momento histórico que busca revelar aquello que el orden establecido intenta ocultar o limitar, impidiendo que la libertad se exprese plenamente”.

¿Llegaron a intervenir el palacio de gobierno, La Moneda?
“El desafío de intervenir luego con los años La Moneda y llevar un bombardeo de buena onda y música también es parte de una resistencia desde esta expresión musical, irrumpir en 2003 ahí donde solo se hacían eventos oficiales y manifestaciones políticas, fue un hito, que no se ha vuelto a repetir, como dos años después, en enero de

2005, intervenir el parque forestal con 200 mil personas y recordar que en esa misma zona en 1995 solo éramos, con suerte, 50 personas. Y ni hablar del medio millón de personas o más que plantamos el 2006 en plena Alameda. Somos, sin duda, esa euphoria que nace desde el cemento, desde los beat y creamos cultura electrónica, porque bailar une y hace bien”.

Maulino

Manuel Martínez Opazo, Capitán Cianuro, es originario de Constitución. Es escritor y fotógrafo de oficio, comunicador social de profesión, ha logrado adentrarse con sus textos en distintas disciplinas literarias, publicando una serie de libros en los géneros de poesía, ensayo y cuento corto para adulto y un cuento infantil, además de una serie de artículos y columnas de opinión en medios de prensa chilenos como extranjeros.



Accede al libro acá.



Radiofonía clásica:

“30 cantos araucanos” recopilados por **Carlos Isamitt** (2024)

Carmen Curical Ñanco junto a Manuel Huinchao dieron vida a esta interpretación. Cantos para niños, otros para mujeres, incluso los hay para hombres y espíritus. Más de veinte años antes de que lo hiciera Violeta Parra, Carlos Isamitt se introdujo en comunidades mapuche para transcribir directamente sus melodías, letras y fonéticas.



Cristián Díaz O’Ryan
Programador Radio Utalca
Docente Escuela de Música Utalca

Una voz desnuda aparece sobre el crepitar de un brasero. Con una tímida, pero delicada calidez, entona los versos que buscan hacer dormir, en algún lugar, a un niño. Este canto es un ùl, palabra que en mapudungun refiere la expresión íntima de un ùlkantufe; donde voz y poesía convergen, indistinguibles entre sí, en la manifestación de un sentimiento. Así como comienza el álbum “30 Cantos araucanos recopilados por Carlos Isamitt”.

Es un inicio que no deja de causar extrañeza. Su simpleza contrasta drásticamente con las armonías y timbres por los que reconocemos la obra de Carlos Isamitt. Así es, porque quien es señalado como recopilador, también es el compositor del Friso Araucano (1931); obra considerada fundamental dentro del canon de la música nacional

y en la que Isamitt utiliza, justamente, este y otros cuatro ùl de la recopilación.

Entonces, resulta extraño notar que, en este primer canto, a diferencia de su aparición en la obra, el acompañamiento de la orquesta, los acordes cubiertos de disonancias, o cualquier pretensión artística, se encuentran completamente ausentes. En él escuchamos la solitaria voz de una mujer. Y esa mujer pehuenche es Carmen Curical Ñanco quien, junto con Manuel Huinchao, dieron vida a estos cantos. Algunos de ellos para niños, otros para mujeres, incluso los hay para hombres y espíritus. Todos con un nombre, todos con un lugar, todos con una emoción.

Fue en los años treinta cuando Carlos Isamitt viajó a las cercanías de Quepe y Toltén para su recolección. Más de veinte años antes de que lo hiciera Violeta Parra, él se introdujo en comunidades mapuche para transcribir directamente sus melodías, letras y fonéticas; estableciendo así un importante antecedente etnográfico que trasciende cualquier exotismo. Porque más que un interés puramente estético, hay en él, un compromiso: conocer y proteger un espíritu que reconoce íntimo y sensible. Un reconocimiento que también decidió llevar a su obra.

Difusión aplazada

Si bien el manuscrito original fue premiado, pareciera que este reconocimiento no fue motivo suficiente para realizar su difusión. Durante años estuvo guardado. Y si hoy podemos escuchar estos cantos es gracias a voluntades como la del musicólogo Freddy Chavez, quien realizó su edición crítica y posteriormente, junto con Carmen y Manuel, su grabación. Así, casi 45 años después de recibir el primer premio de la sección “Melodías folklóricas” del Concurso Anual de Composición organizado por la Universidad de Chile y la Municipalidad de Santiago, su registro fonográfico recibiría el Premio a la Difusión de los Pueblos Originarios otorgado por la SCD.

El sueño de Isamitt finalmente se cumplía.

¿Es esta una mera coincidencia? Quizás, pero ¡qué sería de nuestras vidas sin ellas! En un momento en que lo humano pareciera necesitar de una justificación, entre simulacros y algoritmos, surge nuevamente un canto en defensa del sentir pasado de un pueblo. ¿Y cómo ignorarlo si Carlos Isamitt no pudo hacerlo? Porque ante el dolor y el despojo de lo humano, como él bien dijo, “defender a los semejantes también es creación”.

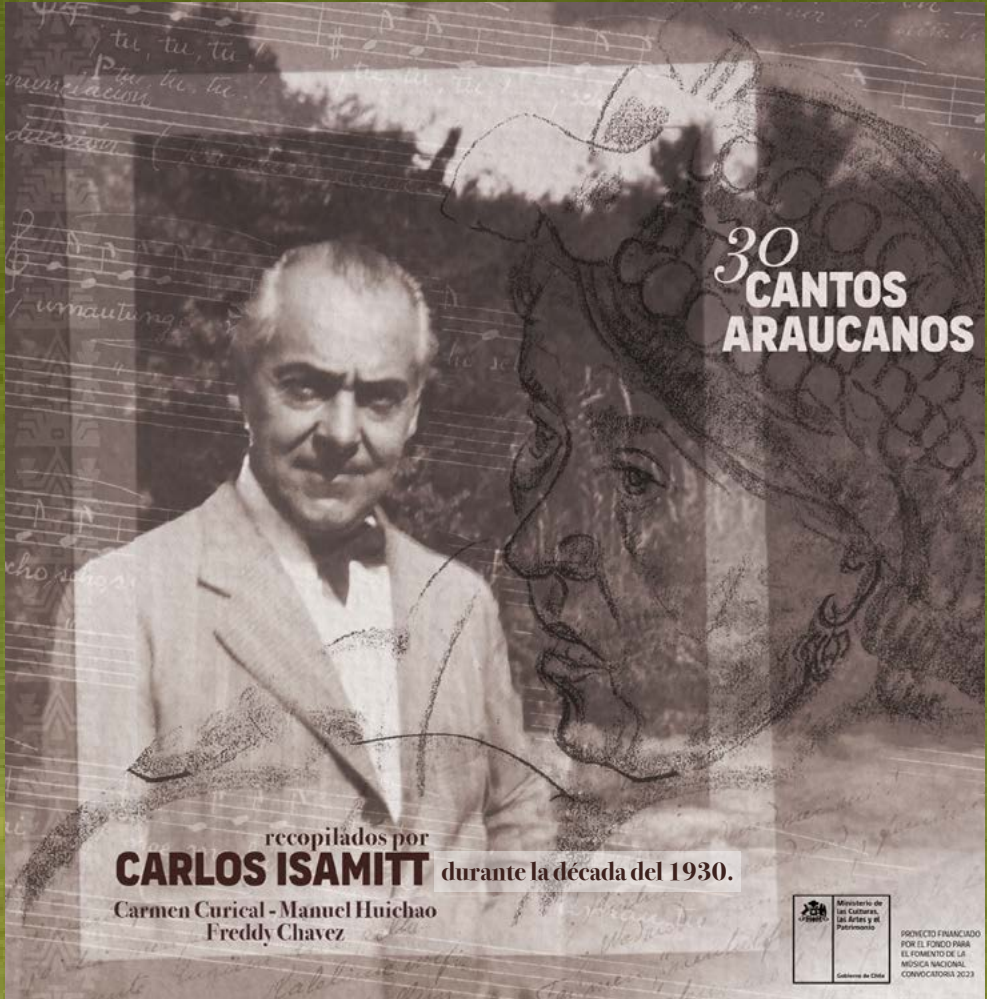
Carmen Curical



Freddy Chávez



Manuel Huinchao



Música contemporánea

Jardín Giratorio: Sonidos en círculos

El segundo registro de Lorena Álvarez y Alejandro Palacios es una pieza donde la música es sutil y se suspende en el tiempo. Los dos discos de este dúo de Santiago han sido editados en California por el muy buen sello Not Not Fun Records



Juan Miguel San Cristóbal
Periodista

Jardín Giratorio es el segundo álbum de Lorena Álvarez y Alejandro Palacios, un dúo de Santiago de Chile que acaba de editar este disco por el sello Not Not Fun, de California. El sonido de este binomio se consolida en esta nueva pieza, orientada al género ambient, a los espacios oníricos, ubicada entre las expresiones del sonido del presente.

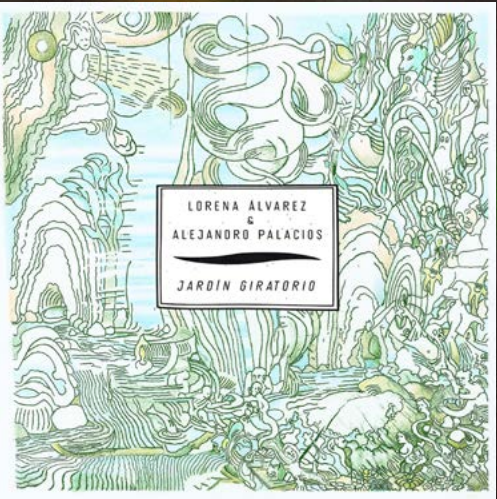
El disco emerge de las capas subterráneas de la música en Santiago de Chile. Lorena Álvarez toca aquí los pianos y teclados, ella antes estuvo en el grupo “Los Bárbara Blade” y ahora mezcla música en fiestas electrónicas como DJ Lorelei. Alejandro Palacios aquí interpreta el trombón y contrabajo, estuvo en el grupo Protistas y en solitario tiene recomendables discos como “Black Ring Tones”, “Atifambersapel” y el último “Sopena”, de 2023.

En cuanto a los géneros musicales, esta

música suscribe al sonido ambient, aunque también podría presentarse como una pieza de improvisación, o con espacios de dream pop. Son canciones ligeras y en penumbras. No sé si el dúo como tal haya sido propuesto como una clasificación, pero es también este disco un grato antecedente a la tradición de binomios instrumentales chilenos, tales como Los Archibaldos o Mostro. Otros nombres de referencia musical pueden remitir al espacio infinito de Jim O’Rourke, a las sutiles estridencias de Jon Hassell o la suspensión en el tiempo de Pauline Oliveros.

Todas estas referencias tratan de explicar el sonido como resultado de un trabajo musical. El dúo de Lorena y Alejandro inicia con “Paisajes para torcer el reloj” (2023), para después salir de gira, tocar en vivo y seguir componiendo, un proceso que deriva en este segundo álbum, el que destaca por su solidez en la soltura de tocar música en improvisada sincronía. La edición de este disco es un dato de valor, a cargo del sello Not Not Fun Records. Esta casa discográfica opera desde California, un catálogo con sonido independiente de los últimos veinte años. Aquí podemos señalar los discos de Robedoor (pop de California), Coral Club (soft electro de Rusia), Les Halles

(psicodelia francesa), Skeppet (rock sueco) o Maria Minerva (electropop de Estonia). Las etiquetas apenas se aproximan a un tratamiento que es transversal desde lo electrónico, lo orgánico y lo incipiente, sonidos underground desde escenas alternativas a las que llegamos a través de estos sellos discográficos. La música nueva escapa de lo tradicional, el sonido de este siglo emana desde estas bandas, estos discos y estos sellos. Debemos salir a la calle y escuchar a nuestro alrededor.



Fuera de foco:

Un relato periférico para el cine chileno

Tres filmes nacionales, “Denominación de origen” de Tomás Alzamora, “La misteriosa mirada del flamenco” de Diego Céspedes y “Matapanki” de Diego Fuentes (exhibidos entre 2024 y 2025) van al encuentro de personajes que se plantean desde la vereda opuesta del exitismo.



Marco Díaz
Cineasta
Doctorando en Ciencias Humanas Utalca

Marcelo, Tito y Jorge Valenzuela son los protagonistas de la que seguramente es la triada más importante del cine chileno en el periodo que va de 1968 a 1969: “Valparaíso mi amor” de Aldo Francia, “Tres tristes tigres” de Raúl Ruiz y “El chagal de Nahueltoro” de Miguel Littin. Más allá de la importante participación en estos tres filmes, los une un elemento que atraviesa una de las motivaciones más persistentes del cine chileno, la narrativa sobre el ser humano periférico, la mirada que se instala en aquella persona que transita por la cornisa de lo que hegemónicamente se construye y reconstruye constantemente como normal en nuestra sociedad. Casi sesenta años después podemos reconstituir esta performance, lo marginal, desdeñado y muchas veces ocultado socialmente se presenta nuevamente en tres filmes nacionales, “Denominación de origen” de Tomás Alzamora, “La misteriosa mirada del flamenco” de Diego Céspedes y “Matapanki” de Diego Fuentes (entre el 2024 y 2025), van al encuentro de estos personajes que se plantean desde la vereda opuesta del exitismo.



“Denominación de origen”

La película de Tomás Alzamora fue uno de los fenómenos cinematográficos del 2025 en el cine chileno. “Denominación de origen” retrata de manera híbrida, las preocupaciones y derroteros de un grupo de ciudadanos de la ciudad de San Carlos, que luchan por construir un relato de éxito a partir de la longaniza que se fabrica en el pueblo. Estos ciudadanos son cuatro personajes que desde una posición absolutamente popular, una dirigente social, un dj campesino, un criador de caballos y un abogado popular, desgranaban vericuetos profundos de nuestra identidad como país. En formato de falso documental, el relato se instala como un ejercicio sociológico de nuestro quehacer, constatando que el humor es un dispositivo fundamental de nuestra ontología más profunda.

“Matapanki”

Las miradas contemporáneas de la rebeldía ya no poseen los mismos códigos o dispositivos que décadas anteriores, hoy se cruzan elementos globalizantes, la virtualidad de las relaciones humanas y una creciente presencia de la IA. “Matapanki” va sobre eso, no solo en lo narrativo, sino que también en lo formal, la película nos relata como Ricardo un joven punk de Quilicura que vive rodeados de sus amigos y que cada vez que bebe una extraña pócima de alcohol, adquiere superpoderes. El film es un drama, pero también una comedia, cine fantástico y trazas de animación. Las narrativas desde la marginalidad y su contracultura, se cruzan con lecturas post contemporáneas de la realidad. Los protagonistas de “Denominación de origen”, “La misteriosa mirada del flamenco” y “Matapanki” son muy distintos a Marcelo, Tito y Jorge Valenzuela, pero su voz es la misma, una que nos habla desde la misma vereda de la marginalidad tan propia de nuestra cultura latinoamericana.



“La misteriosa mirada del flamenco”

Las disidencias sexuales no son representadas regularmente en nuestra cinematografía, y aunque en nuestra contemporaneidad esta tendencia ha sido contrastada con películas como “Tengo miedo torero”, “El último round” o “Rara”, entre otras, sigue siendo una temática escasa. La película de Céspedes es una inmersión poética en el mundo transexual nacional en la década de los 80, a partir de un relato construido en medio de la aridez del desierto minero, se nos presenta una pequeña comunidad trans como un reducto donde conviven afectos, compañerismo y resistencia. Pero el film no solo plantea un relato anecdótico de un lugar y momento, su devenir se transforma en una lectura superior de las profundas problemáticas de las disidencias sexuales en nuestro territorio.



¿Quieres agregar valor a tu comunidad?

12 de agosto 2026 inicio de clases del **Diplomado en Gestión de Proyectos en Patrimonio Cultural** del Instituto de Estudios Humanísticos Juan Ignacio Molina

MODALIDAD ONLINE

Miércoles de 18:30 a 20:30 hrs

Término de clases: 2 de diciembre de 2026

Descripción del programa

El Diplomado en Gestión de Proyectos en Patrimonio Cultural, dictado por el Centro de Documentación Patrimonial del Instituto de Estudios Humanísticos Juan Ignacio Molina, es un programa virtual y sincrónico que profesionaliza la puesta en valor de acervos con enfoque territorial. En sus 5 meses de duración, capacita a los participantes para diseñar, financiar y comunicar iniciativas sostenibles. El plan de estudios aborda de forma práctica la normativa vigente, el diseño y planificación de proyectos de gestión patrimonial,

integrando el enfoque participativo con las comunidades, y estrategias de comunicación y generación de audiencias. Además, incorpora de manera innovadora el uso crítico de inteligencia artificial aplicada a la investigación y escritura de proyectos. Esta propuesta formativa flexible y de alcance nacional se presenta como una oportunidad clave para gestores y profesionales que busquen liderar con rigor técnico y pertinencia social en el resguardo de las identidades culturales locales.

[Video del conversatorio promocional](#)

[Formulario de inscripción](#)

[Web del Diplomado en Gestión de Proyectos en Patrimonio Cultural](#)



Tralka

[Culturas en Digital] Una revista para descentrad@s

